

# Nuestro homenaje

Montevideo, 27 de setiembre de 2008



Queridos amigos:

Hoy ha sido uno de los días más tristes de la cardiología nacional: ha fallecido uno de los pilares en el que se ha sustentado su actividad en los últimos años: el Profesor Norberto Tavella. Nos ha dejado una huella de solidez científica y una postura de permanente desarrollo de nuestra profesión. Al lado de una mujer tan pujante como él, demostró la congruencia del amor filial y la simpleza de vivir en armonía.

El ciclo de la vida tiene sus propios códigos, que el hombre intenta desentrañar intelectualmente, y a pesar de su esfuerzo cada intento es seguido por una nueva pregunta que lo vuelve a enfrentar a nuevas encrucijadas.

La Revista Uruguaya de Cardiología tuvo la dicha de tenerlo como editor y especialmente en el momento de su mayor crisis, cuando todo parecía imposible de sobrellevar. Su trabajo incansable y su solvencia científica permitieron que hoy tengamos una de las revistas más importantes de Latinoamérica. Por lo tanto no es posible recordarlo con tristeza, sino con profundo cariño y respeto por lo que nos brindó y nos legó en su paso por una vida digna de la mayor admiración.

Juan B. González Moreno



## Norberto

Me lo contó cuando yo lo estimulaba a escribir, luego de que su esposa enfermara de gravedad y quedara solo en su casa y casi ciego. Los amigos nos turnábamos para acompañarlo; lamentablemente, cada cual en lo suyo, no lo hicimos con la frecuencia que se merecía. No llegó a escribirlo porque también a él lo afectó una grave enfermedad. No sé si podrá volver a escribir o a dictar, por eso yo transcribo lo que me contó.

Era joven, casi un niño. Vivía en Salto, y el paseo obligado era la costa del Río Uruguay. Fue con su padre, el director del liceo. En el atardecer ve venir una extraña masa esférica, negra, como una pelota de fútbol, que se acerca a la costa llevada por la corriente suave del río. Cada vez se acerca más hasta que choca contra una piedra de la costa. Con el golpe, la masa estalla en miles (¿millones?) de hormigas que avanzan y se dispersan como una ola negra sobre el terreno pedregoso de la costa. Seguramente muchas de ellas, viajando desde quién sabe qué lugar, recorriendo quién sabe qué distancia en la superficie de la masa, murieron ahogadas, sacrificando su propia vida para proteger a las hormigas del interior, las que, una vez que alguna autoridad del grupo resolvió trasladarse, quién sabe por qué razón, llegadas a su destino, prosiguen la lucha por su supervivencia y la del grupo entero.

Atento ya desde niño a la plástica y a la solidaridad, recordó durante más de setenta años esta imagen y el sobrecogedor sacrificio de las que dieron su vida por las otras.

Después de que escribí, hace un mes, lo que antecede, murió Martha, su inseparable compañera, tan inseparable que tan solo diez días después Norberto se fue tras ella.

Carlos Romero